

**DOMINGO III**  
**CUARESMA. CICLO A**

**Con ojos nazarenos**  
HH. SAGRADA FAMILIA



**LAS LECTURAS**

-Ex 17,3-7

-Sal 94

-Rom 5,1-2.5-8

-Jn 4,5-42

**EL COMENTARIO DESDE NAZARET**

Las lecturas de este domingo están elegidas con vista a la celebración de la Pascua. En su vigilia, en el rito del agua, se celebra o se renueva ese baño regenerador del Espíritu Santo derramado en nuestros corazones (2ª lectura).

Se abre la liturgia de la Palabra con el grito de protesta de los israelitas en el desierto: "¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?" El agua que brota milagrosamente de la roca es la respuesta que sacia la sed material del pueblo, pero, sobre todo, es la revelación de que Dios es "la fuente de agua viva" (Jer 2,13) que sacia su otra sed.

El contenido del evangelio es tan amplio y rico de significados que resulta imposible abarcarlo todo, por eso nos centraremos en el diálogo entre Jesús y la samaritana.

Como trasfondo del diálogo hay tres símbolos (el agua, la montaña y el templo) cuya interpretación permite penetrar en la identidad de la persona de Jesús y de su misión. Siguiendo las diversas fases del diálogo entre él y la mujer de Samaría, el lector del evangelio es invitado a dar el mismo paso que ella dio: reconocer a Jesús como Mesías.

La primera parte del diálogo gira en torno al símbolo del agua, cuyo significado ambivalente provoca un primer paso hacia la verdad que Jesús quiere transmitir. Es él quien inicia la conversación pidiendo de beber, pero en realidad espera mucho más de la mujer: quiere que brote en ella la fe. La mujer trata de eludir la cuestión oponiendo dos dificultades: es una mujer y forma parte de un pueblo hostil al de Jesús. Este vuelve a tomar la iniciativa en el diálogo y pica la curiosidad de la mujer hablando de otro tipo de agua. La samaritana opone una nueva dificultad: no entiende de qué se trata, pero intuye que algo misterioso se esconde en aquel hombre y lo compara nada menos que con Jacob. Es el momento en que Jesús aprovecha para desvelar su significado del agua: la revelación que él trae es superior a la del Antiguo Testamento. Al concluir esta primera parte del diálogo, se invierten los papeles. Ahora que ha empezado a entender de qué se trata, es la mujer la que pide: "Dame de esa agua".

La segunda parte del diálogo se abre también con una petición de Jesús y se centra en la verdadera adoración de Dios. Diciendo a la mujer la verdad sobre la falsedad de su vida, Jesús se revela como el profeta esperado. No cae en la trampa de reducir la conversación a una cuestión de ritos o de legitimidad de los lugares de culto y va directamente al corazón del problema. Ha llegado la hora en que Dios establece en Cristo una nueva alianza con todos los hombres. En ella se cumplen las promesas hechas a los hebreos, pero todos están invitados a dar el paso de la fe que les permite entrar en esa nueva alianza. La samaritana lo da. Ahora sólo queda saber quién es el Mesías. Y el diálogo culmina con esa maravillosa revelación por parte de Jesús: "Soy yo, el que habla contigo".

## "Hablando con una mujer"

La página evangélica que leemos hoy es un ejemplo particularmente feliz del arte narrativo propio de S. Juan. En ella afloran la ironía, el juego con el doble sentido de algunas palabras, la fuerza expresiva de los símbolos, la viveza de un diálogo que capta enseguida la atención del lector o del oyente.

Esa maestría en el uso de los recursos literarios es un arma de doble filo, porque si de una parte es un medio eficaz para transmitir la buena nueva, por otra es quizá como un velo que nos impide ver al Jesús histórico en su plena realidad. Aun así, a través de esa página, como de muchas otras del evangelio, podemos descubrir un Jesús que sabía dialogar, maestro en el uso de la palabra no sólo para exhortar a la multitud, sino también para conducir una conversación personal que llega hasta las mayores profundidades.

Ese dominio del lenguaje es una de las manifestaciones más maravillosas de la encarnación. El hombre se califica primeramente por el uso de la palabra. Pero cuando ésta se sabe emplear con todos esos matices que revelan el conocimiento de la psicología de las personas, de las reacciones que pueden suscitar ciertos términos, etc., estamos ante alguien que ha aprendido largamente el arte de hablar.

Esto nos lleva necesariamente al tiempo de Nazaret, porque es allí donde Jesús se formó también en este aspecto. "Toda la vida de Jesús es revelación del Padre; sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: *"Quien me ve a mí ve al Padre (Jn 14,9), y el Padre: "Este es mi Hijo amado; escuchadle" (Lc 9,35)*. Nuestro Señor, al haberse hecho hombre para cumplir la voluntad del Padre (cfr. Heb 10,5-7), nos *"manifestó el amor que nos tiene" (1Jn 4,9)* con los menores rasgos de sus misterios". **(Catecismo de la Iglesia Católica, 516)**.

S. Lucas en el episodio del hallazgo de Jesús en el templo nos presenta ya a un Jesús adolescente en diálogo con los doctores, escuchando e interrogando. En el diálogo con aquella mujer junto al pozo de Jacob hay tres aspectos que podemos subrayar.

Jesús parte de lo concreto y lo sencillo (el agua, la sed) para hablar de los misterios de Dios. Es una pedagogía eficaz y adaptada a todos.

Jesús es paciente con su interlocutora. Él sabe a dónde quiere llegar, pero procede gradualmente. Escucha con calma las digresiones e intentos de banalizar el diálogo, pero no permite que éste se desvíe de su objetivo principal.

Jesús habla con franqueza. En el momento oportuno, no teme decirlo todo: identificarse con el Mesías.

Detrás de aquella conversación de Jesús con la samaritana estaba todo su aprendizaje de Nazaret en el arte de hablar. Podemos ver también el reflejo de ese otro diálogo, más dilatado aún que Dios ha mantenido siempre con el hombre y que culmina en la encarnación del Verbo.

*Señor Jesús, sediento de nuestra sed,  
te bendecimos porque has sabido sentarte junto al pozo  
y hablar con nosotros  
para revelarnos en qué consiste el don de Dios.  
Danos tú esa agua viva  
para que brote desde nosotros el don que viene de ti  
y pueda saciar nuestra sed y la de los demás.  
Te bendecimos por tu paciencia en el diálogo,  
reveladora de tu amor al hombre*

*y de tu deseo de comunicarte totalmente  
al hombre, para que,  
acogiéndote mediante la fe,  
pueda él a su vez entregarse totalmente a ti.*

## **Sed**

Sed de los israelitas en el desierto, sed y cansancio de Jesús en aquella hora del mediodía, sed de la samaritana que va a buscar agua al pozo de Jacob... Todo nos habla de esa condición del hombre, de esa situación de cada uno de nosotros que evoca el salmo 62 con estas palabras: *"Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo; mi alma tiene sed de ti, mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agotada sin agua"*.

En realidad, son muchos los deseos y aspiraciones que el hombre guarda en su corazón. Habría que hablar de "sed" en plural, pero ninguna más honda y duradera que esa aspiración al infinito, al encuentro con Alguien que lo trasciende en su pequeñez y limitación. La condición del hombre es la de un ser finito portador de un vacío infinito.

Una de las dos tentaciones a las que estamos siempre expuestos consiste en pretender eliminar la sed en nosotros y en los demás. Se pretende eliminar la sed del hombre reduciéndola a una serie de necesidades que periódicamente o en el arco de la vida de una persona se pueden colmar. Fácilmente se deja arrastrar uno por la tendencia del mundo actual que pretende tener un remedio para cada una de las necesidades, una satisfacción a medida de cada deseo, una solución a cada problema. Pero el requerimiento del hombre va más allá: "Dame agua de ésa; así no tendré más sed ni tendré que venir aquí a sacarla".

Pero hay otra tentación aún más sutil y peligrosa: consiste sencillamente en negar que exista la sed, en reducir al hombre a las solas coordenadas que nosotros podemos entender. *"Y dicen que los vasos sirven para beber, lo malo es que no sabemos para qué sirve la sed"* (A. Machado). Nuestra manera de hablar de Dios, del don de Dios, puede suscitar, como hizo Jesús con la Samaritana, el deseo de buscarlo. Pero podemos también hablar de él como algo que no interesa ni responde a las grandes aspiraciones del corazón humano o del mundo de hoy...

Ciertamente no es fácil mantener unidos los dos extremos: de hablar de un Dios que no puede ser reducido a nuestras palabras y hablar a un hombre al que se deja siempre insatisfecha su ansia de verdad. Pero es esa senda difícil la única que ayuda verdaderamente a las personas a entrar en su interior y descubrir al Dios vivo, el don que se hace manantial dentro de nosotros mismos.

**H. TEODORO BERZAL. FSF.**